

lencia? A Dios gracias, cuesta más que eso ser un gran artista.

Y esto es lo que los debutantes no se figuran nunca.

EL SUEÑO DE MAD. D'EPINAY

EL SUEÑO DE MAD. D'EPINAY

Una pesada tarde de verano, la marquesa d'Epínay se ha dormido sentada ante su clavicordio y sueña que es Clairon, la gran Clairon de la Comedia Francesa. Se ocupan mucho de cosas y gente de teatros en el salón de la marquesa: hace muy poco todavía Grimm y Diderot estaban allí, discutiendo el oficio de las tablas y las cualidades necesarias del actor. Grimm, sosegado, sensato, con su mandíbula un poco prominente. Diderot, con sus arrebatos, sus trepidaciones de pitonisa, esa elocuencia fogosa, siempre ardiente, que sacude como una antorcha y que produce más luz que humo.

No hay por qué admirarse si made-

moiselle d'Épinay sueña con el teatro, y si sueña, sobre todo, con Clairon, la actriz á la moda, cuyo retrato está en el Salón y el nombre en todas las hojas que ocupan y fatigan á los cuatro puntos del horizonte.

La marquesa no se siente molesta bajo este nuevo estado, va y viene en su cuarto, declama ante el espejo, frunce el entrecejo trágicamente, ondula sus hermosos brazos en cuello de cisne, ensaya su papel para la noche, al mismo tiempo que expide algunas cartas de negocios y galanteos, cuando vienen á anunciarla dos jóvenes, dos desconocidos, uno de parte de M. de Voltaire y el otro de parte de Monet, el antiguo Director de la Ópera Cómica.

Naturalmente, el protegido de Voltaire es introducido primero y entrega una carta en la que el patriarca de Fernelly suplica á su hermosa amiga ayude con sus consejos al adjunto hombre de

mundo, dotado para el teatro de una manera extraordinaria. Clairon mira al neófito, un guapo chico á quien el examen no parece intimidar.

“—Declame Ud. algo”—le dice.

Ataca una gran escena de *Alcino* que dice bastante noblemente, pero con la voz y las actitudes de Lekain, tanto, que se creería que el gran cómico está allí detrás de él hablando y accionando.

La actriz quiere hacer algunas observaciones. Imposible.

“—Perdón, señorita; esto no está mal hecho, porque M. Lekain lo hace... Es exactamente su manera, su entonación en este pasaje.

—Es verdad,—responde al fin la Clairon impacientada;—y aún tiene Ud. sobre Lekain la ventaja de la juventud y la figura. M. de Voltaire se ha equivocado enviándole á mí. Es Ud. demasiado perfecto para tener necesidad de lecciones: voy á darle una carta para la Comedia,

y no dudo que sea Ud. admitido á debutar."

Nuestro fatuo se retira encantado. La Comedia Francesa va á contar con un mal cómico más; ¿malo solamente? ¿Saben ustedes algo más espantoso que la ausencia absoluta de toda personalidad?

Desembarazada de esta maravilla, Mlle. Clairon manda que sea introducido el otro joven, menos hermoso, menos apuesto seguramente, pero con más inteligencia y más animación en su fisonomía.

"—¿En qué puedo servir á Ud., amigo mío?

—Señora, me destino al Teatro Francés.

—Por de pronto, no me llame Ud. señora. Llámeme Ud. señorita. Es el nombre que se da á las mujeres de teatro... ¿Ha trabajado Ud. ya?"

No, no ha trabajado nunca. M. Monnet le ha apreciado algunas cualidades, y le ha dicho: "Ve á ver á Clairon."

Entonces vino...

Todo esto lo ha dicho con entonación sencilla, que interesa á la actriz. Le hace sentar en un canapé, á su lado, y en seguida,

"—Perdone Ud., le dice. Traígame mi cesto de costura, que está allí, en aquella consola, al fin de la habitación, cerca de ese *nécessaire* del Japón."

Un pretexto para ver cómo anda, cómo se maneja. Y cuando vuelve,

"—Usted no ha tenido ocasión de frecuentar alguna gente de viso, ¿verdad?

—No, señorita.

Ya se ve."

"—Vamos á ver, ¿qué papeles cree usted que se adaptan mejor á su naturaleza? ¿Qué quiere Ud. que le escuche?

—Señorita, para empezar, el de Nerón en *Britannicus*...

—¡Ah! muy bien... pero antes, tenga usted la amabilidad de decirme quién era ese Nerón, cómo poseía el Imperio, cuá-

les eran sus derechos, su nacimiento, sus padres, su educación, su carácter, sus inclinaciones, sus virtudes y vicios... Me figuro que, teniendo que representarle, conocerá Ud. su vida como la suya propia y, no solamente su vida, sino el espíritu, las costumbres de su tiempo... La clave del papel está en eso precisamente; lo demás no es otra cosa que cuestión de mecánica..

El pobre muchacho se turba, confiesa que no sabe palabra de todas estas cosas, y se anonada al pensar todo lo que tiene que aprender: demuestra, en fin, una pena tan verdadera, tan profunda, que esta buena muchacha de Clairon se interesa. Le consuela, le promete, si tiene verdaderamente disposición, guiarle en sus lecturas, prestarle las obras que necesite.

—Pero entretanto, veamos lo que sabe usted hacer... Dígame Ud., por ejemplo, la primera escena de Nerón con Narciso y la del tercer acto con Burrhus..

Escucha hasta el final sin decir nada, y cuando ha acabado le dice:

—Todo eso no vale nada: expresa usted bastante bien el amor y el furor, pero no es Ud. ni enamorado ni furioso... Seguramente, no hay comparación entre Ud. y el protegido de M. de Voltaire, y de no ser así, no me tomaría el trabajo de conversar tanto tiempo con Ud... Su Nerón es un autómeta... parece falsicado por M. de Vaucanson... ¡Desgraciado! Le conserva usted el mismo tono, la misma cara cuando está con Narciso, su liberto, que cuando se dirige á Burrhus, su preceptor; á él, al cómico refinado, al perito en mentira y en artificios... Cuando le decía que la clave del papel estaba en éso, en el conocimiento del personaje y su historia...

—Tiene Ud. razón, señorita, es verdad; para las figuras históricas qué sabemos dónde estudiar; pero si se trata de un personaje cómico, de uno de esos héroes de la vida moderna, como hay en

los dramas de M. Diderot, de M. Sedaine, ¿cómo conocer su historia, profundizar su carácter, dónde, ó en qué libros?

—En el gran libro del mundo, abierto ante todos, pero que solamente los que saben ver le descifran... Copie Ud. la vida, joven, será Ud. fiel, será Ud. verdadero... será Ud. lo que es el actor Caillot en *Sylvain*, en el *Desertor*, en *Lucila*, en *El enamorado de quince años*; ¿le ha visto Ud...? ¿No? ¡Pues bien! Vaya Ud. á verle... Pero si le imita Ud. luego como ese pedante de hace un momento imita á Lekain, no le vea Ud. Le aprovechará más ver representar á los malos actores, con tal que comprenda Ud. que son malos, que seguir paso á paso á los actores sublimes.

—M. Monet me decía también, señorita, que frecuentar los Museos me sería útil, porque en ciertos cuadros y estatuas podría estudiar los movimientos de la pasión.

—Sí, sin duda; pero la observación di-

recta vale todavía más... Por regla general, *recuerde Ud. que es preciso estudiar la Naturaleza con preferencia al arte...* Finalmente, y sobre todo, tenga Ud. genio... porque el genio lo adivina todo, todo lo suple...

—¿Y si no tengo?...

—Debe Ud. renunciar á representar comedias, caballero, ó por lo menos renunciar á la reputación de gran actor. Gesticulará Ud., gritará, tomará Ud. actitudes, estará Ud. en escena para las butacas y los palcos; y al pasar por ciertos barrios de París tendrá el consuelo de oirse preferir á Caillot y á Lekain, y llegará Ud. á persuadirse que es mejor que ellos; de tal modo el público es inteligente y el amor propio crédulo..»

En esto Mlle. d'Épinay se despierta sobresaltada y se encuentra sentada al piano, con la nariz en su música y la cabeza pesada de haber discurrido tanto tiempo y tan estéticamente.

Todo es verdad en este trozo, escrito hace cien años. Hoy, como entonces, la ignorancia, la presunción y la pereza son las tres virtudes teologales de la generalidad de nuestros actores. Algunos de entre ellos trabajan, sin embargo; pero muy pocos saben trabajar.

Á propósito de un estudio en que habíamos señalado la torpeza intelectual de la gente de teatro, el actor Marais, muerto tiempo después, lleno de juventud y de talento, nos escribía:

“Caballero: yo trabajo, sí, señor... trabajo; cualquiera de mis amigos podría decirle que después de haber actuado toda la noche me sucede que estoy fuera de casa hasta las dos ó las tres de la mañana discutiendo cuestiones de nuestro arte ó recitando tiradas de *Tartufe y el Misántropo*...”

Está muy bien; solamente, como dice Mme. d'Epinay, recuerde Ud. que hay que estudiar la naturaleza con preferencia al

arte. *Tartufe y el Misántropo* sin duda; pero los salones, la calle, los tranvías, los *restaurants*, son también vasto campo de estudio.

Copiad la vida, mirad á los hombres, haced hablar á los enamorados, siempre dispuestos á confiarse; espiad nuestros gestos, nuestras entonaciones, la manera con que ese indolente coloca sus manos gruesas, pesadas y pendientes, el aire extraviado con que os escucha ese prestamista, espiondo el momento de apalearos, haced mentalmente siempre, por todas partes, croquis tomados del natural, que debéis ejercitaros en reproducir tan pronto lleguéis á casa; y después tened genio. Es el medio más seguro de llegar.